

por ella, ha podido decirle: "¡Oh muerte, dónde está tu victoria! ¡Oh muerte, dónde está tu aguijón! ¡Oh muerte, tú te has perdido en tu triunfo!<sup>2</sup> ¡Oh muerte, oh muerte, yo soy tu muerte!<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Corinth., XV, 53.

<sup>2</sup> Id., id., 54.

<sup>3</sup> Oseas, XIII, 14.

### CAPITULO XIII.

#### LA RESURRECCION.

Inspirándose sin duda Chateaubriand, en sus *Mártires*, con las grandes palabras de la Escritura que acabo de citar, representa á las puertas del infierno á la muerte, teniendo en una mano su guadaña, y ocultando con la otra la única herida que recibió jamás y que le hizo en el pecho Jesucristo vencedor en la cumbre del Gólgota.<sup>1</sup>

Esta misma herida la ha recibido la incredulidad, intentando también ocultarla como la muerte.

Pero los mismos esfuerzos y precauciones de que se vale para ocultarla, la indican y señalan.

Esto es lo que aparece en M. Renan,

#### I.

Después de este capítulo de la *Muerte de Jesus*, en que consigna y santifica como un médico legal, en una diligencia y dictámen de autopsia, todos los caracteres físicos de esta muerte, causada por la *ruptura instantánea de un vaso del corazón*, y que concluye con el *espiró*; después de este apóstrofe: *Reposa ahora en tu gloria, etc., etc.*, que sella también el sepulcro de Jesus con una peroración fúnebre, M. Renan, preocupado inmediatamente, como los judíos, con la eventualidad de una resurrección, toma en su consecuencia sus precauciones.

La primera ¿quién lo creería? consiste en poner en duda esta misma muerte de Jesus que acaba de consignar y justificar, y aun de embalsamar.

¿Y no es por cierto tristemente significativo el modo como serpentea su crítica entre el sí y el no, hasta que los confunde en sus repliegues?

<sup>1</sup> Los *Mártires*, cant. VIII.

"Traspasóle el costado de una lanzada, dice, y se creyó ver  
 "correr sangre y agua, lo cual se consideró como una señal de  
 "la cesacion de la vida.— Juan que pretende haberlo visto, in-  
 "siste mucho sobre este pormenor. Es evidente, en efecto, que  
 "se suscitaron dudas sobre la realidad de la muerte de Jesus,  
 "porque varias personas habituadas á ver crucifixiones, creye-  
 "ron que no eran algunas horas de suspension en la cruz de mo-  
 "do alguno suficientes para producir tal resultado. Citábanse  
 "muchos casos de crucificados, que habiendo sido desprendidos  
 "á tiempo, habian vuelto á la vida, á virtud de remedios ener-  
 "gicos. Mas adelante se creyó obligado Origenes á invocar el  
 "milagro para esplicar un fin tan rápido. Igual admiracion se  
 "encuentra en el relato de Marcos.<sup>1</sup> A decir verdad, la mayor  
 "garantía que posee el historiador sobre un punto de esta na-  
 "turaleza, es el odio sospechoso de los enemigos de Jesus (á  
 "juzgar sobre todo por el vuestro). Es dudoso que se hallasen  
 "desde entonces preocupados los judíos con el temor de que pa-  
 "sase por resucitado Jesus; pero en todo caso, debian vigilar  
 "porque estuviera bien muerto. Cualquiera que haya podido  
 "ser en ciertas épocas la negligencia de los antiguos, en todo  
 "lo relativo á justificaciones legales y estricto procedimiento  
 "en los asuntos, no se puede creer que no tomaran los interesa-  
 "dos algunas precauciones respecto á esto.<sup>2</sup>"

Sobre esta suave y blanda duda, puede descansar la increduli-  
 dad y soñar en alguna resurreccion á la manera de la de Lá-  
 zaro, segun M. Renan.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> M. Renan abusa aquí de las autoridades de San Marcos y de Orí-  
 genes, así como de la insistencia de San Juan. No dice que si pareció y  
 fué en efecto la muerte del Salvador mas pronto que la de los otros dos  
 crucificados, á los cuales debió romperseles los miembros, mas pronta  
 que hacia presagiar el gran grito con que espiró, esta observacion no se  
 hizo en manera alguna porque se dudara de su muerte, sino porque se  
 vió en ello un carácter de divinidad atestiguada por el cumplimiento de  
 la profecía: No se le quebrantarán los huesos;" atestiguada tambien por  
 el imperio sobre la muerte que le hizo consumir espontáneamente este  
 último artículo de la profecía, previniendo el oficio del verdugo, y el ani-  
 quilamiento mismo de la naturaleza: entregando él mismo á su hora, su  
 alma en manos de su Padre; muriendo, en una palabra, como dice San  
 Agustin, por potestad. Por lo demas, esto solo fué causa para que se to-  
 mase una precaucion mayor, cual fué la lanzada en el corazon que hu-  
 biera causado la muerte, si no la hubiera demostrado.

<sup>2</sup> Vida de Jesus, p. 420.

<sup>3</sup> Parece que se han explotado despues de la publicacion del libro de  
 M. Renan, las dudas que insinúa sobre este asunto en una obra que ha  
 salido á luz, como tantas otras, de ese pozo del abismo que ha abierto  
 la Vida de Jesus.

Aun habiendo muerto realmente el Salvador, hay arbitrio  
 para encubrir su resurreccion y salir de este paso por medio  
 de cualquiera clase de suposiciones. Para esto todas son buenas,  
 pues la incredulidad es poco escrupulosa en materia de  
 razon.

"En la mañana del domingo acudieron muy temprano al se-  
 "pulcro las mugeres, María de Mágdala la primera, y hallaron  
 "la piedra separada de la boca y que no estaba el cuerpo don-  
 "de se habia colocado. Al mismo tiempo se divulgaron entre  
 "los cristianos los mas estraños rumores y circuló entre los dis-  
 "cipulos, como un relámpago, el grito "¡ha resucitado!" al que  
 "el amor hizo encontrar por do quiera fácil crédito. Tal era la  
 "impresion que habia dejado Jesus en el corazon de sus disci-  
 "pulos y de algunos amigos adictos, que durante semanas ente-  
 "ras estuvo aun vivo y consolándolos. ¿Fué quitado su cuerpo  
 "del sepulcro, ó bien produjo despues el entusiasmo siempre  
 "crédulo los relatos con que se trató de fijar la fé en la resur-  
 "reccion? Esto es lo que, á falta de documentos contradicto-  
 "rios, ignoraremos siempre. Digamos, no obstante, que la vi-  
 "va imaginacion de Maria Mágdala hizo en esta circunstancia  
 "un papel capital. ¡Poder divino del amor! ¡momentos sagrados  
 "en que la pasion de una alocinada dió al mundo un Dios resu-  
 "citado! 1"

M. Renan que cree haber salido del paso á tan poca costa;  
 no ha hecho mas que prepararnos un triunfo fácil.

Y en efecto:

La resurreccion de Jesucristo es quimérica segun M. Renan,  
 porque acontecieron los hechos tal como los explica.

Si pues acontecieron los hechos á la inversa de esta explica-  
 cion, no es una quimera la resurreccion de Jesucristo.

Sobre este punto capital, así como sobre todos los que pre-  
 ceden, nos ha suministrado el mismo la réplica, como un argu-  
 mentista que se deja vencer por el sustentante, haciendo simu-  
 ladas objeciones para edificacion del auditorio; segun vamos  
 á ver.

Digamos en primer lugar que la sábia Alemania, que no se  
 deja sorprender fácilmente, y la Alemania racionalista en par-  
 ticular, que no se lisonjea en manera alguna de lo malo que le  
 ha tomado M. Renan, se aprovecha de ello para disciplinarse...  
 en las espaldas del Strauss francés.

1 Vida de Jesus, p. 433 y 434.

Hé aquí cómo juzga esta parte de la obra de M. Renan, el jefe de la escuela de Tubinga, el doctor Keim.

"M. Renan tratará en su segundo volumen de la resurrección de Jesucristo; pero ya revela su pensamiento sobre el carácter de este gran suceso. Para él la resurrección, es puramente subjetiva y fué enteramente imaginada por los discípulos. Aplázase la explicación de los pormenores sobre este particular; pero entre tanto, se insinúa que hizo un gran papel junto al sepulcro provisional de Jesucristo la imaginación inflamada de la nerviosa Magdalena, y que el poder divino del amor y el imperio de la alucinación dotaron á la humanidad de un Dios resucitado. No queremos discutir, dice el sabio profesor, esta interpretación, tomada y renovada en parte de Celso, que recusaba también el testimonio de las mujeres. Según Renan, el Cristo moralista y revolucionario no debía, no podía resucitar; pero nosotros requerimos al crítico francés á que tome en consideración un testimonio digno de toda confianza, el de San Pablo que cita á San Pedro como uno de los primeros testigos de la resurrección de Jesucristo.—Empeñámosle, además, á que se interrogue á sí mismo, sino hay algo más difícil de explicar que la resurrección de Cristo, á saber; la fundación y el carácter de la Iglesia, á no haberse verificado la resurrección.—¿Cómo pudo nacer del seno del fanatismo y de la locura de los visionarios la Iglesia primitiva, cuyas palabras y cuyos actos están llenos de tanta calma, razón y sabiduría? Los visionarios que rodean el sepulcro de Jesucristo deben encontrarse más adelante en medio de los apóstoles y en medio de la comunidad cristiana de Jerusalén. ¿Hubiera de haber sido todo el siglo primero un foco de ciego fanatismo! ¿Creeis en tal enormidad, y la persuadiríais al mundo? 17

Hé aquí á la ciencia hablando por boca del buen sentido. Demostremoslo con un breve comentario.

## II.

El hecho de la resurrección de Jesucristo es la cúpula de todo el cristianismo.

Por pasmoso que parezca á la incredulidad, es lo más históricamente probado y más moralmente demostrado que hay en

1 *La Vida de Jesús y la crítica alemana*, por el abate Meignan.

el mundo; dos fundamentos de credibilidad de que no se puede prescindir sin incurrir en algo más pasmoso que la resurrección de Jesucristo en el sepulcro, por decirlo así, de la historia y de la razón.

En mis Estudios he presentado estas dos fases demostrativas, en dos partes muy diferentes y sin pensar hasta qué punto formaban un todo:—La prueba histórica en mis *nuevos Estudios sobre la Virgen María*; y la prueba moral en mis primeros *Estudios*.

La prueba histórica con la cual me encuentro haber refutado más particularmente á M. Renan, con anterioridad á su obra, ofrece una prueba singular á mi vista, la de tener este carácter sin que yo me lo haya propuesto y enteramente por sí misma. Váse á comprenderlo y á apreciarlo; hay en esto como un resultado providencial.

En la parte de mis *nuevos Estudios* que tratan de la *Virgen María según el Evangelio*, no pensaba en probar la verdad de la resurrección á los lectores generalmente creyentes que tenía en mi idea. Sin embargo, he tenido que tratar de la resurrección para explicar según el *Evangelio*, la completa ausencia de la Virgen Madre en las diversas escenas de este gran desenlace del destino terrestre de su divino Hijo, habiendo tenido también que investigar para este objeto, cuáles fueron los motivos y los efectos de estas diversas escenas. Y ¿qué es lo que he visto entonces, qué es lo que he demostrado, estrechando de cerca los textos evangélicos y haciendo brotar de ellos su espíritu? Que no habían tenido otro objeto las apariciones de Jesucristo que obligar ó impulsar á creer á una incredulidad de tal especie, que hacer intervenir en ellas á la Santísima Virgen hubiera sido injurioso para su fe. Así, no ocupándome más que de este último punto de vista, me he encontrado haber hecho una verdadera demostración histórica de la resurrección por la incredulidad de los Apóstoles. De tal suerte, que teniendo que hacer hoy una demostración semejante para responder á la explicación de M. Renan, sacada de que hizo hallar el amor por do quiera una creencia fácil en este suceso, no puedo hacer cosa mejor que dar aquí esta refutación, que por otra parte puede considerarse como inédita para muchos lectores de la presente obra.

Para contestar á la pregunta (relativa á la ausencia de la Santísima Virgen), decimos, pues, no hay más que investigar las causas de estas apariciones y sus efectos en aquellos á quienes se dirigieron.

Ahora, pues, lo que mas resalta de esta investigacion, es a falta de inteligencia, la incredulidad, la flaqueza, la torpeza de los Apóstoles y de los discípulos de Jesus, tan ignorantes, tan desconfiados, tan confusos con el suceso de la Resurreccion, como si nunca su divino Maestro se lo hubiera anunciado ni les hubiera dado prendas de su verdad. Y ellos son los que dan contra sí mismos este humilde testimonio con sus propios relatos, é imprimen en ellos de este modo el sello de la mas concienzuda é ingenua sinceridad.

Y hay en esto una economía admirable. Para ser testigos no sospechosos para todos los incrédulos vendederos, era necesario, no solo que fueran sinceros los Apóstoles, sino que no estuviesen preocupados por una fe que hubiera dominado el acontecimiento: era necesario que se hallasen en la misma disposicion de incredulidad que todos aquellos á quienes debia convencer su testimonio; que fueran como sus representantes; que vieran la Resurreccion como la hubiéramos nosotros visto, para que nosotros la viéramos tambien en ellos.

Recorramos las varias escenas de este gran acontecimiento, para convencernos bien del glorioso testimonio que resulta de ello para su fe.

No son los Apóstoles, son las mujeres las que van primero al sepulcro y Maria Magdalena antes que todas; pero no las lleva allí la esperanza de la Resurreccion, aunque ha llegado ya el tercer dia. Van á embalsamar el cuerpo del Salvador para preservarle de la corrupcion: no lo encuentran; ven quitada la piedra que lo cubria, y ni aun entonces les ocurre el pensamiento de que pueda haber resucitado. Magdalena corre á decir á Simon Pedro: *Han llevado al Señor del Sepulcro, y no sé dónde le han puesto.*<sup>1</sup> Las otras dos mujeres, Maria y Salomé penetran en el sepulcro; *se espantan*<sup>2</sup> de no hallar el cuerpo de Jesus; se les aparecen dos Angeles resplandecientes y las dicen: *¿Porqué buscáis entre los muertos al que está vivo?* No está aquí, resucitó como lo dijo. *Acordaos* de lo que os habló.... *Id, pues,* corriendo, y decid á sus discípulos y á Pedro que ha resucitado.... *Se acordaron entonces de las palabras de Jesus;*<sup>3</sup> y aun se fueron *sobrecogidas de temor y gozo.*<sup>4</sup>

1 *Cucurrit ergo.... et dicit illis: Tulerunt Dominum de monumento et nescimus ubi posuerunt eum.* (San Juan, XX, 1, 2).

2 *Dum mente consternatæ essent de isto.* (San Lucas, XXIV, 4).

3 *Et recordatæ sunt verborum ejus.* (Ibid., 8).

4 *Cum timore.* (San Mateo, XXVIII, 8).

Tal es la impresion primera que produce la Resurreccion del Salvador en Maria Magdalena y las santas mujeres. Seguramente nada hay ahí, en esa crasa equivoacion, en ese olvido, en esa falta de inteligencia de las palabras de Jesus, en esa turbacion y ese desorden de una fe dominada por la naturaleza, nada que no sea lo contrario de esa predisposicion de credulidad en la resurreccion que supone M. Kenan. Hay aquí de particular, asimismo, que Maria Magdalena, de quien hace partir la chispa eléctrica de esa credulidad, es precisamente la única de las mujeres, que por su presteza en creer en el hecho natural de que se hubieran llevado el cuerpo de Jesus, y en anunciarlo, demuestra cuán agena estuvo de la *alucinacion* de la aparicion de los Angeles. ¿Será, pues, verdad que se propagase y ganara á la comitiva apostólica, como un relámpago, esta chispa que encontró tan tardía disposicion en las otras dos mujeres? Pero volvamos á tomar la serie de este relato.

Entre tanto, Pedro y el otro discípulo á quien Jesus amaba, avisados por Maria Magdalena, vinieron al sepulcro *corriendo*. Pero aquel otro discípulo *corrió mas aprisa* que Pedro, y llegó primero al sepulcro;<sup>1</sup> y habiéndose inclinado, vió puestos en tierra los lienzos, pero no entró. Llegó despues Simon Pedro, y habiéndose bajado á mirar, solo vió los lienzos puestos en tierra; despues, *habiendo entrado en el sepulcro,*<sup>2</sup> vió el sudario que habia estado sobre la cabeza de Jesus separado de los lienzos y doblado en otro lugar. Entonces el otro discípulo que habia llegado primero, entró en el sepulcro y vió y *creyó.*—¿Qué fué lo que creyó? ¿Que Jesus habia resucitado? Nada menos. Creyó lo que no habia creído por la relacion de la Magdalena, y lo que habia venido á comprobar: que se hubiesen llevado el cuerpo del Salvador; *porque,* dice él mismo como historiador, *aun no entendian la Escritura, segun la cual convenia que Jesus resucitase de entre los muertos.*<sup>3</sup>

1 San Juan XX, 3, 4. Este discípulo es el mismo que refiere el hecho: Juan corrió *mas aprisa* que Pedro, porque era mas joven, y quizá tambien porque amaba mas á Jesus, pero así como Maria Magdalena, con un amor todavia muy natural; precipitado en ver, pesado en creer.

2 *Etate prudentior* dice Grocio *ideoque diligentius omnia explorans.* ¿Qué matices de verdad hay en el Evangelio! Y cuán opuestos son á la fe, y mas aún á creer bajo palabra, todos estos pormenores de curiosidad propensa á ver y comprobar!

3 *Et vidit et credidit: nondum enim sciebant scripturam, quia oportebat eum a mortuis resurgere* (San Juan, XX, 8, 9). El Sentido de esto *credidit*, como refiriéndose, no á la resurreccion, sino al rapto del cuer-

Hé aquí la primer conducta de los Apóstoles, torpe, curiosa, desconfiada, precipitada en ver, tarda en creer, tal, en una palabra, cual conviene á testigos históricos.

No bastando estos mudos testimonios, es necesario que el mismo Jesucristo se aparezca para convencer á una incredulidad tan natural, y lo hace por primera vez á la Magdalena. Habiéndose vuelto á sus casas los discípulos, ésta fiel seguidora de Jesús se quedó cerca del sepulcro llorando, y como llorase, se inclinó y miró hácia adentro, y vió sentados á dos Angeles que la dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Respondióles ella: Porque se llevaron á mi Señor y no sé dónde le han puesto. Habiendo dicho esto, se volvió hácia atrás y vió á Jesús en pie, pero no sabia que era él. Jesús la dijo: Mujer, ¿por qué lloras? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Si tú lo has quitado, dime dónde le has puesto, y yo le llevaré. Dijole Jesús—María. Volviéndose entonces ella, le dijo: Maestro. Dijole Jesús—No me toques; mas vé á mis hermanos y díles: Subo á mi Padre y vuestro Padre á mi Dios y vuestro Dios.<sup>1</sup> María Magdalena fue<sup>2</sup> á los Apóstoles diciendo: Que *habría* visto al Señor y que le *habría* dicho esto.<sup>3</sup>

po del Salvador, no es dudoso, según esta reflexión de San Juan y el objeto mismo de la venida de los discípulos al sepulcro, que era comprobar el relato de Magdalena. *Credidit certo abesse Corpus, dice Grocio, quod Maria Magdalena referenti non crederat.*—Anot. ad Joan.

1. ¿Qué espresion tan tierna del Hijo de Dios á los hombres! *Hermanos míos*, espresion cuya fuerza se acrecienta con el acontecimiento de su muerte y de su resurreccion que le han constituido nuestras *premisas*, el primer nacido y resucitado de entre sus hermanos. Pero al volvernos tales, y al hacernos también hijos de Dios, no puede hacer que esto sea con el mismo título que él, sino á título de adopcion. Así se distingue de nosotros con relacion á su Padre, no diciendo *nuestro Padre*, *nuestro Dios*, sino *mi Padre* y *vuestro Padre*, *mi Dios* y *vuestro Dios*. Mi Dios porque yo soy su *hombre*; mi Padre por otro título que el vuestro, porque yo soy su Hijo por generacion, y su igual por esencia, porque yo soy Dios. ¿Qué verdades espresa y contempla el Evangelio y cuán elevado se halla todo esto sobre las miras rastreras de nuestros críticos!

2. Cuando se trata de anunciar á Jesús *resucitado*, dice el texto, ella *vino*. Anteriormente, cuando se trata de anunciar que han *quitado* ó se han *llevado* á Jesús, según ella creía, dice el texto, ella *corrió*; en este caso, se ve impelida por su amor y su imaginacion; en el otro, se ve retardada por este mismo amor y por su vacilacion. Son dignas de observarse y admirarse todas estas diferencias, porque son otros tantos vestigios de la verdad que la revelan mas que los mas grandes rasgos y que están en sentido contrario de la suposicion de M. Renan y de las miras de la incredulidad.

3. El verdadero texto no es como el de la Vulgata *quia vidi Dominum*;

¿Qué relacion! ¿Qué pintura! ¿Y cómo respira ahí la verdad sin compostura ni artificio!<sup>1</sup> Admirad el carácter de la Magdalena, cuán fiel es á sí mismo, tal como se reveló la vez primera, en la pluma de otro Evangelista,<sup>2</sup> cuando fué á besar, á regar con sus lágrimas y enjugar con sus cabellos los pies del Salvador en casa del Fariseo: cómo es la misma que tornamos á hallar aquí, en esa presistencia en el sepulcro, y en ese llanto que no cesa de derramar, y en estas palabras tan candorosas y tiernas: *¡Si tú lo has quitado, dime dónde lo has puesto y yo le llevaré!*

¿Puede verse cosa mas verdadera, mas natural, mas patética; pero al mismo tiempo, mas distante de una fe predispuesta á la resurreccion? Magdalena lo imagina todo, lo cree todo, lo ve todo, excepto á Jesús resucitado. Su alucinamiento consiste en no reconocerle, aun cuando está allí, y en ver en él al *jardinero*.

¿Hé aquí cómo *dió al mundo un Dios resucitado la pasion de una alucinada!*

Pero, en fin, ahora que ha reconocido al Verbo de vida en su voz, en esta voz tan tierna para ella y para los Apóstoles, va á encontrar, llevado por ella, un eco simpático, una *creencia fácil*, gracias á la *impresion que dejó Jesús en el corazon de sus discípulos*.

Veamos:

Otra segunda aparicion de Jesús se agregó á la primera para multiplicar los primeros testimonios de la resurreccion respecto de los Apóstoles. Verificóse á las otras santas mujeres cuando volvian del sepulcro donde se les habian aparecido los Angeles. Presentóse á ellas en su camino, y ellas (preparadas ya á esta aparicion por las palabras del Angel que les habia anunciado la resurreccion) acercáronse á él y le adoraron, besándole los pies. Sin embargo, los Apóstoles, informados por ellas y por María Magdalena de esta aparicion de Jesús, *tuvieron esto por*

porque HE VISTO AL SEÑOR, sino como lo hace notar Grocio: *Quod vidisset Dominum*, porque *HABRÍA* visto al Señor. Esto es, que ella habia visto una apariencia del Señor. "Porque, observa Grocio, ella dudaba aún, si era una vision incorporeal."—Hé aquí la verdad, según el texto, la cual es tanto mas contraria á la novela de *la alucinacion de Magdalena*. (Véase la nota al fin de la obra).

1. Y no obstante, cosa admirable, es lo que ha inspirado mas el arte. Así debia ser, siendo divino el Evangelio, y esto lo prueba.

2. De San Lucas, lo que prueba claramente la verdad del personaje de la Magdalena y de todo lo que de ella cuentan dos evangelistas tan diferentes.

un delirio y no las creyeron, según el relato de tres Evangelistas.<sup>1</sup> No hubiera sido M. Renan más incrédulo.

Esta incredulidad de los Apóstoles en que no han podido hacer mella ni testimonios tan formales, ni mensajes de Jesús tan explícitos, va por fin á disiparse con la vista del mismo Jesús; pero ¿de qué manera? ¿y cómo esta tercera aparición va á hacer resaltar esa incredulidad antes de convencerla!

Aquí viene á colocarse la aparición de Jesús á los discípulos de Emmaus, que todos recuerdan, y que debe releerse toda en el texto.<sup>2</sup> ¡Ay de quien no ve salir la verdad de cada rasgo de esa relación viviente, y que acabada su lectura no cierra el libro exclamando: ¡Creo! ¡Qué falta de invención, qué naturalidad encantadora en esa idea de los discípulos á Emmaus conversando entre sí de lo que había pasado, en ese encuentro de Jesús que se les incorpora en el camino y anda con ellos en hábito de peregrino á quien sus ojos *retenidos* no reconocen;<sup>3</sup> en aquella pregunta con que traba conversación con ellos: *¿Qué plática es esa que lleváis entre vosotros por el camino, y por qué estáis tristes?* Y en esta respuesta de uno de ellos: *¿Tú solo eres el forastero en Jerusalén que no sabes las cosas que han pasado en ella estos días?* Y finalmente, en esa admiración interrogatoria de Jesús que motiva la narración de todo lo que ya hemos visto, pero que se reproduce en boca de los discípulos con un tono de desaliento é incredulidad inimitable! “Nosotros esperábamos que había de redimir á Israel *sperabamus*,<sup>4</sup> y después de todo he aquí que estamos hoy en el tercer día después que sucedió esto. Y aun algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos han espantado, porque fueron al sepulcro antes de ser de día, y no habiendo hallado su cuerpo, vinieron diciendo que también habían tenido una visión de Angeles que aseguraban que estaba vivo. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro y hallaron que era así, como las mujeres lo dijeron, mas á Jesús no le encontraron.”<sup>5</sup> Este es el espejo más

<sup>1</sup> Et illi audientes non crediderunt, San. Marc., XXVI, 11.—Et visa sunt ante illos, sicut ácliramentum, verba ista: et non crediderunt illis. San. Luc., XXIV, 11, v. San. Mateo XXVIII, 9, 10.

<sup>2</sup> San. Lucas, XXIV, 10, 32.

<sup>3</sup> ¡Era tal la incredulidad de los Apóstoles, que hallándose presente el mismo Jesús no le veían, por una ceguera sobrenatural, como si no hubiera ofrecido suficiente garantía su incredulidad natural!

<sup>4</sup> *Vox indicans magnum fidei deliquium*, dice Grocio con suma exactitud.

<sup>5</sup> ¡Cuán recargado de incredulidad es todo este lenguaje de los discí-

fiel del alma de los discípulos de Jesús, la confesión más humillante de su postración moral, de que solo podrá levantarlos el hecho de la manifestación de Jesús, y que es por consiguiente el más perfecto de sus testimonios. Y cómo antes de manifestarse así, confunde Jesús tanta incredulidad y la encarece con estas palabras: *¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron los profetas! ¡Por ventura, no era necesario que el Cristo padeciera todas estas cosas y entrase de este modo en su reino?* explicándoles luego, comenzando por Moisés y los Profetas, lo que de él estaba consignado en las Escrituras! Sin embargo, á pesar de esta explicación, á pesar de este lenguaje que revela á Dios, á pesar de lo que se dijeron el uno al otro después: *¿No es cierto que nuestro corazón ardía dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?* todavía no creen, todavía no reconocen á ese Jesús cuya palabra los abrasaba, y es preciso (enseñanza admirable para los que esperan tener una fe completa antes de adquirirla en los Sacramentos que la vivifican y consuman!) es preciso que el Cristo se dé en alimento á su cuerpo y su corazón para que su espíritu lo vea al fin: solo entonces *se abrieron sus ojos y le conocieron*.

Pregunto ahora, ¿esta tercera aparición no confunde también esa suposición de haber encontrado *fácil creencia* en los Apóstoles el anuncio de su resurrección?

Esta verdad superabunda también en las otras apariciones de JESÚS.

La cuarta aparición, que se verificó á Simon Pedro, se menciona sin pormenor alguno;<sup>1</sup> pero ya hemos visto cuál había sido la incredulidad de este jefe de los Apóstoles en el sepulcro del Salvador. En cuanto á los demás Apóstoles que tenían noticia de esta aparición y de la que fueron á contarles los discípulos de Emmaus, *todavía no podían creerla*.<sup>2</sup>

En esta disposición se hallaban cuando se apareció Jesús en medio de ellos y les dijo: ¡La paz sea con vosotros! yo soy, no temáis. Pero ellos, llenos de turbación y espanto, *imaginaban ver algún espíritu*.<sup>3</sup> Entonces Jesús les reprendió su incredu-

los! y ¡qué interés dramático le presta la presencia del divino interlocutor, de quien ellos hablan á él mismo!

<sup>1</sup> San. Luc., XXIV, 34.

<sup>2</sup> Nec illis crediderunt.—San. Marc., XVI, 13.—San. Luc., XXIV, 35.

<sup>3</sup> San. Luc., XXIV, 36 y 37.—Un espíritu falaz, como significa en el lenguaje del Evangelio la palabra *espíritu* sola.